



Queridos amigos:

Hace unos días, mientras estaba rezando, llegasteis a mi oración de una forma especial. Ya sabéis que un rato de ella está dedicado habitualmente a vosotros. Pero esto sucedió de manera espontánea. Yo suelo rezar sentado en el suelo o de rodillas, el caso es que en esta posición si no colocas bien las piernas sucede a menudo que o bien estás muy incómodo o se te duermen. Pues bien, fue esto último lo que sucedió. Pedía al Señor por vosotros, para que descubrierais la vida que os puede dar, para que reconocierais su preocupación afectuosa por vosotros, sus deseos de mostraros los caminos de la vida verdadera, de entregaros su propia vida, para que le encontréis en vuestros problemas y dificultades. Mientras tanto mi corazón sentía pesar por no saber cómo ayudaros a hacerlo y a profundizar vuestra relación con él.

En uno de mis movimientos me di cuenta de que no sentía una pierna. Estaba ahí, pero no la sentía en absoluto, no podía hacer uso de ella, pero estaba ahí. Era mía, formaba parte de mí, pero no conseguía relacionarme realmente con ella, no me obedecía. Al poco, al cambiar de posición, empecé a sentir un hormigueo por el que la pierna se hacía notar, pero no terminaba de poder sentirla en lo que de verdad era. Finalmente, poco a poco, todo fue viniendo a la normalidad. Se trata de una sensación muy común que ese día se unió a mi oración por vosotros y me hizo pensar si el problema para encontrar a Dios no sería la posición de nuestras vidas, la forma de andar en este mundo que insensibiliza partes de nuestra vida. Mientras esa parte está dormida no sentimos que falte nada, pero hay unos momentos en que queremos ser nosotros mismos del todo y entonces nos damos cuenta de su ausencia.

Mientras rezaba el Señor me iba haciendo comprender que está ahí, siempre, con vosotros y conmigo, aunque nuestra manera de estar aquí y allá, de pensar así o asá, de vivir de esta o de esta otra manera, duerma demasiadas veces nuestras conexiones con Él. Y esto me daba esperanza. Dios no nos abandona. A la vez me urgía a seguir invitándoos para que despertéis esa parte de vuestro ser por la que Dios os va dando vida, os llama a vivirla en plenitud y os ofrece, en Jesús, el camino y la fuerza para hacerlo. Seguro que muchos de vosotros en determinados momentos notáis que se activa su presencia, pues seguro que sentís ciertas sensaciones extrañas que no sabéis explicar o incluso relacionar con Él pero que os sugieren que hay algo más que necesitáis despertar en vuestra vida, que tal y como está no basta aunque esté llena de risas o porque está dolida y no sabéis cómo sonreír en medio de ella. Se trata de algo así como esa especie de cosquilleos de la pierna cuando va despertando de una mala posición en la que se ha quedado dormida. Y entonces seguí rezando por vosotros y por mí para que despertemos del todo a una vida plena, a esa vida que solo descubrimos y recibimos de Dios.

Ahora que empezamos la cuaresma la Iglesia nos anima a recuperar y ahondar prácticas para despertar al amor de Dios que tan olvidado tenemos en nuestra formas rutinarias y egocéntricas de vida. Yo os vuelvo a invitar a un rato de encuentro con Él. Este miércoles a las 20 h. podemos vernos en el oratorio para recibir la ceniza y reconocer que nosotros, que somos frágiles y demasiadas veces sucios como el barro, estamos llamados a recibir el aliento de Dios y hacernos grandes y dignos en el abrazo de su amor que lo da todo para que tengamos vida y la tengamos en abundancia.

Recibid, como siempre, mis saludos y mi oración.

Paco.